

CARTA DE MARCELINO DOMINGO A MIGUEL DE UNAMUNO. 1922

Mi querido maestro y amigo: quería escribirle hace una infinidad de días. Pero no encontraba el momento. ¡Eran tantas las cosas que deseaba decirle! No sé, ante todo, si recibió usted una carta mía escrita desde México en que le rogaba alzara su voz en defensa de una pobre ciudad que ha clavado su cruz: Tortosa, las reiteradas alusiones que a ello ha hecho y que le agradecemos de corazón los crucificados me ha dado a creer que llegó a sus manos! ¿Por qué no decírselo? Me desconcertó la visita de usted a Palacio. Y además dio motivo para que los españolistas en México iniciaran una campaña violenta contra mí y en defensa del Rey.

Me explicaré. Hablaba yo un día con Vasconcelos, el ministro de Instrucción Pública en México (hombre joven, culto, audaz) del rey de aquí, del rey de vs de aquí. Y Vasconcelos me sostiene que en América el rey tiene un extraordinario e injustificado ambiente de simpatía: se le cree liberal, ilustrado, generoso, etc. «Obregón, -decía Vasconcelos, es liberal, por ejemplo, de los que creen esto». A los dos días de esta conversación, recibo yo un paquete de periódicos de España; en uno de ellos, está el magnífico discurso pronunciado por Vd. en el Ateneo. Fui a ver a Vasconcelos; se lo enseñé; fuimos los dos juntos a ver a Obregón y se lo leímos. Entre Vasconcelos y yo arreglamos que todos los periódicos netamente mexicanos publicaran con grandes titulares el discurso de usted. ¿Por qué he de decirle yo cómo aprovecharon a los pocos días su visita a Palacio los bodegueros, aberroteros y gachopines de aquellas tierras? A mí me desconcertó. Hube de hacer unas declaraciones explicando los motivos que pudieran justificar la presencia de Vd. en Palacio y tuve que decir que, tal vez, fuera enviado como Rector; que usted, por otra parte, no estaba afiliado a ningún partido y tenía plena libertad de acción. No sé. Fue un mazazo en mi cabeza. Y lo fue no sólo por este episodio personal, sino por la trascendencia que ello tendría.

Este es un país en el que los enemigos se producen más rápidamente que los amigos; en que la saña en el ataque es más corriente que la

lealtad en la realización de una obra; en que la excusa para dejar de hacer una cosa, se encuentra más rápidamente que la razón para seguir haciendo lo que se comenzó. Y así como usted en su campaña contra el rey, pasó por la acusación indudable de encontrarse solo muchas veces, de encontrarse con que nadie le seguía a la hora de ladrarle, vería el camino cerrado por todos los lados. Sin embargo, yo he de decirle una cosa: había a su lado de usted una cantidad enorme de opinión: difusa, invertebrada, incapaz, por ejemplo de elevarle al Parlamento en una ciudad determinada, pero extendida por el país en forma que no la tuvo en sus últimos tiempos ningún otro hombre. ¿Quiere decir todo esto que esta opinión se ha perdido? No y mucho menos cuando se ha visto la conducta de usted al salir de Palacio. Pero, usted maestro, conoce España. Conoce al español que encuentra mejor una censura para el extraño para el que está arriba con objeto de excusar el vivir él en la higuera. ¿Qué podemos hacer hoy? ¡Si supiera usted cómo me tortura esta pregunta!

¿Qué podemos hacer hoy con el español? ¿Qué podemos hacer hoy sobre este suelo de España? He leído su conferencia de Valencia. Usted cree que debe dejarse que se consuma el derrumbamiento. No sé, no sé. Yo creo que no debería esperarse más. Una actuación de izquierdas, a base de postulados reales, es hoy imposible, nadie se interesaría por ella y aunque yo creo que hablar en el desierto no es tiempo perdido, ahora no estamos tan sobrados de tiempo para poder esperar que el desierto nos responda. ¿No podría intentarse una unión de los más distintos elementos a base de una cosa concreta, que entra por los ojos, que hoy preocupa a todos: el abandono de Marruecos? Yo hice en este sentido un llamamiento desde *El Liberal*. Alguien respondió públicamente. Adhesiones humildes, anónimas he recibido muchas. Una alianza para un fin concreto, daría luego a plantear todo lo otro y como en esencia el problema de Marruecos es el problema del Estado español, del Reino español, por el flanco de Marruecos atacaríamos. ¿Le parece bien? Además esto podría interesar también a este elemento obrero que en su apoliticismo, su acción directa, su terrorismo y las internacionales han creado una contrarrevolución formidable en el mundo y han desorbitado, deshecho todas las fuerzas que podrán concretarse en la obra revolucionaria, conveniente y adecuada a la posibilidad de los hombres y al espíritu de los tiempos.

Hace tiempo hablé con Villalobos en Madrid. Hablamos mucho de usted. Hablamos del afecto y del respeto que usted nos merece, le encargué le abrazara. He de escribirle también mandándole unos documentos interesantes que hacen referencia al problema de la tierra en Marruecos.

Le abraza cordialmente Marcelino Domingo